

E. MIRET MAGDA LENA

Si una de las misiones más importantes de la Iglesia de España es la de reconciliar a los hombres, creyentes o no creyentes, sin duda se tendrá que organizar en el futuro en forma de grupos espontáneos de reconciliadores y no en un grupo de reconciliados, apartados de los demás, poseedores únicos de la verdad y considerándose a sí mismos como unos privilegiados.

Esta postura todavía existe en la Iglesia, pero tiene que desaparecer y transformarse en otra cosa muy distinta.

Naturalmente que la Iglesia entonces tiene que perder este aire organizativo disciplinario y centralizador. Un código de Derecho Canónico a base de excomuniones, suspensiones "a divinis" y más de dos mil preceptos que corresponden a una sociedad absolutista, deben desaparecer. Como dice el obispo de Perpignan: "Concebir la Iglesia como una organización militar en la cual todo viene de arriba ya no tiene sentido. La unidad de la Iglesia no puede ser uniformidad, sino diálogo fraternal, dentro de una comunidad de espíritu y de corazón". Por eso se pregunta este gran obispo si el Papa y el Obispo actualmente no son unos "monarcas destronados". Y, sin duda, creo que en buena parte lo son, porque antes se rodearon de una organización y unas actitudes que tenían mucho de monarcas absolutos, y ahora —tras el Concilio— ya no pueden seguir siéndolo. Por eso, cada vez tienen que descubrir más la necesidad de ser servidores de los demás, para que haya una comunicación de corazones, y no una uniformidad doctrinal o jurídica anacrónicas.

Esto lleva a aceptar plenamente el pluralismo como algo constitutivo del ser humano. Cada individuo es una "perspectiva", como decía nuestro Ortega y Gasset, y hemos de aceptarlo en la estructura de la sociedad civil y en la estructura de la sociedad eclesial. Tenemos que partir de ello organizando toda la institución de la Iglesia en esa forma. Y el Papa, que debe ser el servidor de los servidores de Dios, no tiene otra misión que ser "el servidor del diálogo y de la comunión", como sigue diciendo este obispo francés.

Del mismo modo que en una sociedad que quiere ser cristiana, o por lo menos inspirarse en los valores básicos del cristianismo, debemos llegar a concebirla con este pluralis-

mo de los hombres y de los grupos humanos. Nuestro cardenal Tarancón lo expresaba así: "Quizá queda aún mucho para hacer el logro de esa pacífica convivencia en la línea del verdadero diálogo entre los grupos, las clases y las generaciones de los hombres de España".

Frase que debemos meditar todos en silencio —a pesar de su moderación— para comprender bien nuestra responsabilidad y aplicarla cada vez más en el futuro.

Y esta misma frase tenemos que pensarla para la Iglesia española, acostumbrándonos a un pluralismo real de individuos y de grupos. No se trata de adoptar una postura de complaciente indiferencia, sino asumir la realidad de que los hombres con distintas perspectivas existen en nuestra Iglesia, y tene-

PLURALISMO

mos que darlo por supuesto. No quiere esto decir que yo tenga que promediar mis ideas con el vecino, lo que tengo que hacer es dialogar a fondo, incluso discutir. Para así poder llegar a síntesis de solución, para que este diálogo y esta discusión cada vez nos acerquen más a la verdad. A esa difícil verdad que tenemos delante de nosotros, pero que constantemente hemos de buscar y conquistar sin parar nunca en este proceso dinámico.

Yo, por ejemplo, disiento de las posturas de Monseñor Guerra Campos en su Octavo Día, pero eso no quita para que le visite de tarde en tarde y dialogue amablemente con él. Y todo lo que hagamos en esta línea creo que será acercarnos a este pluralismo constructivo que tanta falta hace a los católicos españoles, y a los españoles todos.

Hace ya unos días estaba yo en La Coruña con un grupo de sacerdotes jóvenes muy progresivos, y les planteaba este mismo tema del pluralismo en nuestra Iglesia española. Pero, a pesar de su progresismo, me debieron encontrar demasiado radical, porque el pluralismo lo quise llevar —y lo quiero llevar siempre— a sus últimas consecuencias.

Todos hablamos con frases y palabras nuevas, pero me parece que no aceptamos todas sus consecuencias, y lo que queremos es arriar el ascua a nuestra sardina, resguardados con este verbalismo nuevo y atractivo.

Pero pienso que hay que jugar el juego limpio y aceptar las incomodidades de este pluralismo radical, porque si no nunca llegamos a un pluralismo real.

Los antiguos católicos del Medievo no querían que fuesen llamados herejes nada más que aquellos que disintieran de los "artículos de la fe", tal y como se contentaban en los credos universales de la Iglesia. Las demás doctrinas, incluso contra el dogma, se consideraban como erróneas, pero no excluían a nadie de la comunión dentro de la Iglesia. El teólogo Walter Kasper lo ha estudiado históricamente, con gran asombro del integrismo católico, que nos ponía delante a Santo Tomás como la última palabra de la ortodoxia, y, sin embargo, el propio Santo Tomás mantenía esta abierta postura, que hoy tenemos que volver a recuperar. Y si no la recuperamos, no podremos decir de ninguna manera que somos pluralistas, porque el pluralismo requiere este juego fraternal de diálogo y de discusión, sin anatemas ni excomuniones.

Y ni siquiera debemos emplear estas sanciones contra aquellos que nos molestan, como acaba de hacer ahora, con la mejor intención, el obispo de Bilbao; yo hubiese preferido que calificase la actitud de los que han golpeado a un sacerdote como de anticristiana y de antihumana, pero sin usar el anacrónico procedimiento disciplinar de la excomunión, que ya no tiene sentido en una Iglesia del siglo XX.

Digamos que los que no piensan como nosotros están equivocados y publiquémoslo a los cuatro vientos, lo mismo se trate de los integristas superconservadores que de la Curia romana, como acaba de hacer el Padre Hebblethwaite S. J. Porque la Iglesia necesita que digamos cada uno, con sinceridad y sin eufemismos, el punto de vista que tengamos, aunque nos equivoquemos. Porque en la Iglesia, como en la sociedad civil, tenemos que tener la valentía de equivocarnos, como pedía el filósofo Hegel.

Así, y sólomente así, conseguiremos el pluralismo civil y eclesial para el futuro que la Iglesia y la sociedad necesitan.